

Pasó la noche en oración en una capilla improvisada, llegando a humedecer sus vestidos con las lágrimas. Finalmente le venció el sueño y vió en él señales favorables y oyó voces que le anunciaban la victoria.

Con toda seguridad dió al día siguiente y con la cruz la señal del ataque. Dios estaba con él.

Apenas comenzada la lucha recibió el mensaje de un caudillo enemigo, que, si le concedía su gracia, se pasaría a él en la batalla. «Hoy se verá, dijo Teodosio, lo que puede el Dios de los Cristianos.»

Al poco ya se inclinó la batalla en su favor.

Eugenio no había sospechado siquiera el peligro en que se encontraba y preguntó a unos soldados que encontró en la revuelta lucha si «estaba ya encadenado Teodosio». Ellos, sin contestarle, le ataron rápidamente las manos y los pies y le presentaron a Teodosio. «Tu Hércules, le dijo, el cristiano Emperador, en son de mofa, te ha dejado ser cogido prisionero; invócale ahora a ver si te ayuda.»

Eugenio se arrodilló ante Teodosio y quiso emplear sus artes para alcanzar misericordia del vencedor, pero uno de los guerreros, sin esperar orden de nadie, le cortó de un golpe la cabeza, que en seguida fué llevada por el campo de batalla.

Argobastro huyó y se quitó la vida con su propia espada.

Teodosio anunció desde el mismo campo de la lucha la victoria al Obispo de Milán, San Ambrosio, quien le contestó lleno de emoción.

«Yo puse tu carta en el altar y la he tenido en mi mano mientras ofrecía el Santo Sacrificio para que tu fe hablara por mi boca.» Verdaderamente, Dios mira con misericordia el Imperio Romano, pues le da un Príncipe cuyas virtudes y humildad alcanzan tal altura que no las sobrepaja ningún Emperador ni sacerdote. ¿Qué me queda que desear? Todos mis deseos se han cumplido en ti.»

Luego le exhorta a usar de blandura en el triunfo, consejo que fué seguido al pie de la letra. A ninguno de los vencidos se le hizo daño... Argobastro y Eugenio fueron las únicas víctimas. En la Iglesia de Milán se fijó la promesa de una amnistía general. Los hijos de Eugenio y Argobastro que, aunque paganos, habían buscado un asilo en la Iglesia, fueron tratados benigneamente y conservaron su hacienda paterna.

Tal dulzura ganó hasta los corazones de los vencidos.

El júbilo fué indescriptible. Sólo el vencedor estaba grave cuando entró en triunfo en Milán al lado de San Ambrosio.

¿Le asaltó el pensamiento de la muerte? De hecho se había ésta de cumplir pronto.

El gran Emperador murió en Milán el año siguiente de la victoria.

El dolor fué general y rayano en la desesperación. San Ambrosio hizo su oración fúnebre.

PARTE CUARTA

EL ASCETISMO CRISTIANO

I

LA PERFECCION EVANGELICA

La vida religiosa delineada por el Salvador. — Los dos estamentos de la sociedad cristiana. — Tomar en serio el Evangelio. — Vida y gloria de la Iglesia.

Los tres evangelios sinópticos relatan unánimes (Mat. XIX, 16 s.; Mac. X, 15 s.; Lc. XVIII, 18 s.) y con todo lujo de pormenores, el interesante episodio del joven rico.

Era el día mismo en que el divino Profeta acariciara tan paternalmente a los niños, aun reprendiendo a sus Apóstoles que lo estorbaban: «Dejad que los niños vengan a mí y no se lo prohibáis, pues de los tales es el reino de los cielos.»

Ya se despedía de ellos e iba su camino, cuando he aquí que un joven de familia distinguida y rico se acercó a él y saludándole cortésmente, hincada la rodilla en tierra, le dijo: «Maestro. ¿qué es lo que debo hacer para obtener la vida eterna?»... Jesús le respondió como con indiferencia y evasivamente: «Si quieres entrar en la vida, si quieres salvarte, guarda los mandamientos.»

«Y ¿qué mandamientos son esos?», repuso el joven creyendo que el Salvador se refería a algo tal vez por él desconocido. Cristo, sin embargo, aludía simplemente, a los mandamientos del decálogo. Por eso hizo un breve resumen de los mismos: «No adulterarás, no matarás, no robarás, no levantarás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre.»

Al oír estas palabras sintióse halagado el joven por el testimonio de su propia conciencia porque era, en realidad, virtuoso y bueno. Levantó confiados sus ojos, aquellos ojos por los que toda su alma se transparentaba, y clavándolos en el Profeta, añadió: «Señor, esos los he guardado y desde mi infancia»; y, a continuación e insistentemente: «¿qué me falta todavía?»

Algo extraordinario debió de pasar entonces por la mente

del Señor. Hasta aquel instante parecía haber estado poco explícito y reservado, pero al oír las últimas palabras cambió repentinamente... El Evangelio nos dice que le miró...; le miró con interés y «de hito en hito», «*intuitus eum*»...

¡Soberana mirada aquella de Cristo con que penetró todas las honduras del espíritu y del corazón del mancebo!... Vió que, en efecto, así era; quizás un alma especialmente pura y digna de grandes, de los más elevados destinos y soñó en llamarla a ellos...

Frase hermosa la que usa el Evangelio:

«Y Jesús, poniendo en él los ojos, le amó»; esto es, le mostró especial afecto y simpatía...

«Una sola cosa te falta», prosiguió el Maestro: «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo y ven y sígueme.»

Era, como se ve, el llamamiento a la vida de sus íntimos confidentes y amigos; la mejor vocación que podría haber en el mundo, la vocación de Apóstol...

Pero, ¡triste condición humana y malhadado apego a las riquezas!

Lo que empezó por un idilio, termina en el mayor desencanto y aun en tragedia.

Continúa la narración evangélica diciendo que el joven noble bajó la cabeza ante las palabras del Maestro, y, nublado de tristeza su semblante, se despidió de él... Es que era muy rico, tenía muchas posesiones y era demasiado ardua para él la renuncia de todo.

¡Acababa de rechazar la mayor gracia de su vida!

Ante tan súbito y rápido desenlace, Jesús, volviéndose a sus Apóstoles, les dijo: «En verdad os digo que es difícil que entren los ricos en el reino de los cielos.»

Los dos estamentos del Cristianismo

A nadie se oculta la trascendencia del referido episodio.

Cristo echó en él los fundamentos de la vida de perfección o religiosa, al mismo tiempo que la esbozó en sus líneas generales.

Claramente distingue aquí los dos que podríamos llamar estamentos de su Iglesia.

El llano y ordinario, al que pertenecen la mayoría inmensa de los cristianos: los que se contentan simplemente con ir al cielo, con salvarse: el estado *secular*; y el otro más elevado,

el de los que quieren o aspiran a ser perfectos: el de aquellos que no contentos con salvarse desean alcanzar un puesto más alto en el cielo.

A los primeros propone únicamente el Maestro, como camino necesario, la guarda de los mandamientos: ellos bastan para salvarse y son el camino de la vida. A los otros, supuesta la observancia de los mandamientos, les exige también la de los llamados consejos evangélicos: la pobreza voluntaria y renunciamiento de todos los bienes terrenos por el amor de Dios y por la vida eterna: la vida apartada del mundo y consagrada a él, a su gloria y exclusivo servicio; la continencia, el ejercicio de la caridad y del apostolado.

Los que pertenecen a esta clase señera de los que «más se quieren afectar en servicio y amor de su rey universal», en frase de San Ignacio, gozan consecuentemente de mayor participación y más íntima en la vida espiritual cristiana, más abundante plenitud sobrenatural del Evangelio. «Yo vine, dijo Cristo, para que tengan vida y la tengan más abundante.»

Su premio es un gran tesoro en el cielo y aun el ciento por uno en la tierra: la paz, el dominio de sí mismo, la liberación de las grandes concupiscencias que consumen las mayores actividades humanas y que son las que precisamente más alejan de la felicidad.

Tomar en serio el Evangelio

Grande es, sin duda, la excelencia del estado religioso y excepcional la estima en que lo tiene Cristo, pero no es obligatorio para nadie: no se impone por la fuerza sino que es plenamente voluntario: «*si vis*», dijo el Salvador; «si quieres»; pero esto sí: lo propone como el ideal, como la meta más alta de la vida cristiana. Una sola cosa te falta: si quieres ser perfecto, llegar a la cumbre, a la plena posesión del espíritu evangélico...

Es en Inglaterra y al fin de una cuaresma.

Un misionero católico, terminada ya su tarea, se dirige a su casa en Londres. En el tren se encuentra con un matrimonio protestante. La señora se percata pronto de quién es el nuevo compañero de viaje y se siente acuciada por la curiosidad.

«Dispense, Padre, le dice, abordándole, al poco de llegar éste. ¿Usted es religioso, verdad?» «Para servirla, señora», le contesta el misionero. «Siempre he deseado saber lo que me parece un enigma: ¿y qué pretenden ustedes, los religiosos, al abandonar sus bienes y familia para entrar en un convento?» «Que

¿qué pretendemos? Pues, señora, tomar en serio el Evangelio...»
 ¡Profunda y eficaz respuesta!

Cristo preconizó la pobreza en su Evangelio; el desprendimiento de los bienes terrenales: «Bienaventurados los pobres de espíritu, dijo, porque de ellos es el reino de los cielos. En consecuencia con ello, vivió pobre y no tuvo al morir dónde reclinar su cabeza...

A pesar de ello, a la vista tenemos el resultado en la inmensa mayoría de los cristianos. Tan apegados están a la riqueza, a los bienes y negocios de la vida, que en ninguna otra cosa sueñan. Para ellos la vida es el lucro, los millones a los que tienen que doblegarse, mal que les pese, los intereses superiores del espíritu y aun los mismos mandamientos...

Es evidente que los tales, no toman en serio el Evangelio.

Era necesario, pues, que hubiera hombres esforzados, de verdadero espíritu evangélico, que pusieran a éste por encima de todo y amasen y escogiesen la pobreza, siguiendo el consejo e ideal propuesto por el Maestro...

Esos son los religiosos y eso es lo que se proponen.

Dígame lo mismo de la *castidad*, de la vida de *obediencia*, de la dedicación a la predicación del Evangelio, al ejercicio de la caridad, de la enseñanza como medio de apostolado, del culto y alabanza de Dios... y tendremos explicado el enigma de la señora protestante y comprenderemos el arranque generoso de un San Pablo y San Antonio ermitaños, el de San Benito y de sus ejércitos de monjes, el de Santo Domingo y los suyos, de San Francisco de Asís, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, de San José de Calasanz y San Ignacio, de San Vicente de Paúl y San Juan de Dios y tantos otros...

No es la religión un *modus vivendi* fácil y cómodo ni creo que pueda escogerse por esas miras. Sería la más rastrera y equivocada empresa.

Las heroicas virtudes por los religiosos practicadas; la pobreza, la castidad y sujeción, el servicio de la humanidad doliente o necesitada... no presenta atractivos a la comodidad, a la felicidad material de la vida. Es arduo, heroico, el camino, y lleno de espinas que punzan sin cesar... y sólo por Dios y por la vida eterna puede emprenderse...

Vida y gloria de la Iglesia

Era natural que constituyendo la vida de perfección el ideal del Evangelio, apareciera en la Sociedad cristiana desde sus primeros tiempos.

Así fué en realidad y ello entraba en los planes de la divina Providencia.

Aun en la era apostólica surgió vigorosa la práctica de los consejos evangélicos. No se retiraban entonces ciertamente al desierto, pero en sus propias casas se vieron hombres y mujeres consagrados del todo a Dios y entregados al ejercicio de la oración y de la penitencia o a la práctica de la caridad y del amor al prójimo.

Era el preludio de lo que había de venir después.

El gran apogeo de la vida religiosa comienza en la segunda mitad del siglo III y llena todo el IV y el V. Viene después de la era martirial y es fruto espontáneo de la vitalidad de la Iglesia. La palabra de Jesús: «Vende todo cuanto tienes... y ven y sígueme», mueve poderosamente los corazones y los arrastra. Son exuberantes manifestaciones del espíritu del Cristianismo que tiende, a través de los tiempos, a rejuvenecerse, a manifestar la savia interior que lo vivifica. El día en que faltaran habría que pensar en su decrepitud y en su muerte.

Es también la vida de perfección o religiosa la gloria y el esplendor de la Iglesia.

Un gran tribuno moderno, D. Juan Vázquez de Mella, afirmaba hace unos años en un discurso admirable en defensa de las Ordenes religiosas en España, que suprimirlas era suprimir la historia de la patria.

No es exagerado el concepto y el orador lo probó con un brillante recorrido por toda ella.

Las Ordenes religiosas, con sus monasterios y sus monjes y sus frailes, están enraizadas íntimamente en la vida nacional e intervienen como portaestandartes en todas las gestas de la Península. De ellos salen los primeros héroes de la reconquista; de San Juan de las Abadesas y de Santa María de Ripoll, de San Juan de la Peña, de San Millán de la Cogulla, de San Pedro de Cerdeña y de la Virgen de Covadonga... De ellos, los Monjes-Soldados de las Ordenes Militares que resisten como una muralla de acero todo el empuje musulmán y llegan con Don Jaime y con San Fernando hasta el Guadalquivir y Algeciras... De ellos la portentosa legión de apóstoles, de santos y de mártires que interrumpe con sus predicaciones el sueño de la barbarie, que atraviesa las selvas americanas iluminándolas con la luz del Evangelio..., abriendo camino con la cruz que llegan a colocar en todas las cumbres de los Andes...; de ellos la sabiduría de nuestras Universidades de Alcalá y de Salamanca; la pléyade de nuestros literatos y poetas.

Si suprimimos las Ordenes religiosas suprimiríamos la historia de España.

¿Podremos afirmar lo mismo extendiéndolo a toda la Iglesia? Creemos que sí, sin grandes alardes de optimismo.

Si suprimimos las Ordenes religiosas, habremos suprimido, por lo menos su floración más espléndida: las legiones más lucidas de su santidad.

Nadie ignora que después de la época de los mártires, las mayores figuras de la Iglesia o fueron religiosos o fundadores de religiones, desde San Pablo, primer ermitaño y San Antonio Abad, hasta Santa Teresita y San Juan Bosco.

¡Y qué nombres!

Vienen a los puntos de la pluma, innumerables y aun los más populares en el pueblo cristiano.

San Agustín, San Jerónimo, San Benito, San Bernardo, Santo Domingo con su pléyade de santos y de sabios, San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino; San Francisco de Asís con su otro ejército no menos poderoso, San Antonio, San Buenaventura, Santa Clara, San Ignacio con el gran apóstol del oriente, San Francisco Javier, el gran despreciador del mundo San Francisco de Borja y los tres Santos jóvenes, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, las cumbres más altas de la mística, San Juan de Dios, San Vicente de Paúl...

Quitemos las Ordenes religiosas y habremos de suprimir también el ejercicio heroico de la Caridad en el mundo: No habrá Hermanos de San Juan de Dios y de San Camilo de Lelis, ni Hermanitas de los pobres, ni Hijas de Caridad, ni de ancianos desamparados, ni Leprosas, ni Lazaretos, ni Siervas que velan a los enfermos...

Quitemos las Ordenes religiosas y habrá desaparecido casi por completo la enseñanza católica. ¡Cuántos Institutos religiosos a ella consagrados! Escolapios, Jesuitas, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Maristas, Marianistas... Congregaciones femeninas: Sagrado Corazón, Esclavas, Teresianas, Carmelitas...

Aún podemos añadir más.

Quitemos las Ordenes religiosas y habremos suprimido, casi del todo también los misioneros. Más de cincuenta mil se enumeran actualmente esparcidos por las naciones paganas, en lugares inhóspitos muchos de ellos, condenados al sufrimiento, lejos de la patria y de los suyos; allí están por amor a Jesucristo y a las almas. Son los valientes, y... casi todos religiosos.

En la gran Basílica de San Pedro, en Roma, centro de la católica unidad y sede principal del Cristianismo, puede ver el peregrino en grandes y preciosas estatuas colocadas en las grandes columnas o pilastras laterales de la nave central de

la catedral del mundo, la efigie de los Patriarcas fundadores de las grandes Ordenes religiosas.

Es el exponente magnífico de su importancia y del aprecio y respeto en que les tiene nuestra religión.

Muchos y los mejores...

Bien merecida tienen esa gloria.

Son los padres y jefes de las beneméritas familias religiosas, prez y ornamento de la Iglesia.

II

EL MONACATO DE ORIENTE (I)

San Pablo, primer ermitaño. — Huyendo de la persecución. — Cien años de vida en el desierto. — Visita de San Antonio. — La muerte.

El monacato de oriente constituye, después del martirio, la segunda gran manifestación del espíritu y vitalidad sobrenatural del Cristianismo primitivo.

Fuerte y confortante había sido ciertamente el espectáculo de los héroes de la fe entre los ecúleos y las garras de las fieras, pero no fué menos precioso ante el acatamiento del Señor y de la humanidad consciente, el de los atletas de la penitencia, del sacrificio heroico, de la oración y de la virtud, que hicieron célebres y evocadores para los contemporáneos y para todos los tiempos, durante más de dos siglos, los desiertos de Tebaida, de Nitria, de Palestina y del Sinaí.

Al martirio de los cuerpos había sucedido el incruento, pero no menos difícil, del espíritu. A las rosas purpúreas de la sangre, las menos llamativas, pero más finas y policromadas del más sublime ascetismo que se haya visto jamás sobre la tierra.

Los representantes genuinos de la nueva floración, fueron: San Pablo y San Antonio, fundadores de la vida anacorética en Egipto; San Hilarión, en Palestina; San Pacomio, creador del Cenobio, y San Basilio, legislador y reformador del monacato.

Dediquemos unas páginas a las gestas nunca suficientemente admiradas de estos verdaderos caballeros del espíritu.

San Pablo, primer ermitaño

(235-340)

Es la primera mitad del siglo III y en la ciudad legendaria de Tebas, en Egipto.

Aún aparecen por doquier las ruinas de los antiguos templos grandiosos de Karnak y de Luxor de los Faraones de la XIX dinastía, consagrados al dios Amon-Ra...

Es el pueblo constructor de las pirámides, el pueblo, en frase de Hesíodo, «más religioso de la tierra».

A las antiguas divinidades indígenas se habían seguido las de importación y ahora se ha extendido notablemente el Cristianismo.

Es también el tiempo de las grandes persecuciones romanas.

Decio ha lanzado sus inexorables decretos de exterminio del nombre cristiano y llegan a Tebas sin cesar las más tremendas noticias. En Roma, en Alejandría, en todo el imperio, son innumerables los fieles que mueren martirizados en medio de refinados suplicios.

La tormenta ha llegado también a Tebas y puesto en pie de guerra a los cristianos de allí.

Pero, cosa natural. No todos tienen vocación de mártires.

El valor heroico demostrado por los confesores de la fe despierta en muchos deseos y aun enardecimiento por dar su sangre por Cristo...; en otros, por el contrario, domina el terror, el sobresalto continuo que hace insoportable la existencia.

Entre éstos está ¿quién lo dijera?, el que había de ser una de las figuras más recias del Monacato, San Pablo.

Tenía a la sazón 17 años.

Vivía con una hermana casada con un pagano y llevaba vida acomodada, pero ¡bajezas de los hombres! El propio cuñado, anheloso de apoderarse de los bienes del joven, cometió la traición de denunciarle a la autoridad pública como cristiano.

Ya le buscaban para apresarle cuando él, que apreciaba su fe por encima de todo, pero que temía no ser suficientemente fuerte para defenderla en el tormento, no tuvo otro remedio que huir.

Abandonó, pues, cuanto tenía y sin declarar a nadie sus intenciones, se encaminó hacia el interior del desierto circundante.

Parece que su primer proyecto, había sido ocultarse un tiempo hasta que pasara el peligro, pero era Dios el que guiaba

sus pasos y disponía de su vida para futuros planes providenciales.

Ya que no le llevaba el ánimo al derramamiento de su sangre, quería de él un sacrificio incruento, el martirio prolongado de la austeridad y la penitencia. Se acercaban los tiempos de paz y el fervor cristiano que tan espléndidas muestras diera de sí en las persecuciones iba a emprender nuevas rutas. Dios quería poner a Pablo como hito del nuevo camino y para ello le llamaba a la soledad.

Tres días anduvo sin rumbo fijo y a la deriva por entre incultos y abrasados arenales, hasta que al fin divisó a lo lejos una montaña blanquecina y hacia ella dirigió sus pasos.

Una cueva y cerca una pequeña fuente, a cuya humedad habían crecido unas palmeras...

Este será el lugar de mi descanso, se dijo, y allí se instaló definitivamente.

Era el desierto de la Tebaida que podía exultar de gozo. Jamás se había visto tan honrado.

Cien años en el desierto

Un siglo había de vivir allí el joven huésped y la gruta y las cimbreantes palmeras serían testigos de sus proezas inauditas...

El cielo se trasladaba al yermo.

Vida angélica apartada del mundanal ruido; lejos de la ambición que todo lo afea entre los hombres: sin anhelos de fama, sin soberbia entumecida, ni trato siquiera humano...

Rezar, hacer penitencia, alabar a Dios, cantarle himnos, meditar sus grandezas, su sabiduría, su poder, su providencia; gozar de él, de las delicias del espíritu en medio de la salvaje solemnidad y calma de los páramos interminables...

Nada nos dice la vida del gran anacoreta, especialmente, de los carismas y dones místicos de que debió ser objeto durante sus cien años de estancia más angélica que humana en la soledad, pero podemos suponerlos por lo que sabemos de otros.

Los solitarios fueron, ante todo, hombres de Dios que se elevaron a las más altas regiones de la unión con él y sintieron en toda su plenitud la presencia de lo sobrenatural en las almas. De uno de ellos refiere Paladio que eran tan continuos sus éxtasis que vivía más del lado de Dios que del mundo, y el Abad de Palusio, Isidoro, confiesa que se sentía con frecuencia muy lejos espiritualmente de sí y enajenado en lo que veía...

Otros poseían el don de lágrimas.

«El intenso amor de Dios, refiere Teodoreto de Ciro (*Híst.*

relig.), les arrancaba lágrimas continuamente y encendía su espíritu en ansias de contemplarle ya en definitiva y salir del mundo.»

De San Macario tenemos, a su vez, este pasaje incomparable. «Terminados los ejercicios piadosos de costumbre, dice, surgió en mi alma el deseo de permanecer cinco días con las potencias y los cinco sentidos, sumidos totalmente en Dios.

Cerré la puerta de mi celda para quedar completamente incomunicado... Dos días llevaba cuando oí en el fondo de mí una voz que decía: Macario, no bajes del cielo ya: aquí tienes a los ángeles, a las virtudes, querubines y serafines y al mismo Dios que ha creado todas las cosas.»

¡Dichosos hombres, si es que podemos llamar así a los que llevaron una vida más que humana! ¡El despegue de todo lo terreno y el amor puro de Dios les conquistaron aun en la tierra la felicidad del cielo!

De ellos dijo San Agustín la frase que se ha hecho inmortal: «Surgunt indocit et arripiunt regnum Dei». No fueron doctos en la ciencia y artes humanas de los hombres, pero fueron doctísimos en las divinas, hasta penetrar en los secretos insondables de Dios...

Cuando se le cayó hecho pedazos el vestido que llevaba y que había sido lo único que librara de la rapaz codicia del cuñado, se hizo una túnica singular: un burdo trenzado de hojas de palmera.

Su comida, las hierbas que podía recoger en el pequeño oasis, algunos dátiles y el agua cristalina del arroyo...

Y así, uno, veinte, cincuenta años, cerca de una centuria. Había llegado a los 17 años y murió a los 105.

¡Qué ejemplo para el mundo!

San Jerónimo, que escribió su vida en elegante latín, se siente filósofo ante el gran anacoreta y exclama: «A los que poseen grandes fortunas yo les pregunto: ¿qué es lo que ha faltado a este anciano despegado de todo? Vosotros bebéis en copas adornadas de piedras preciosas; él saciaba la sed con el cuenco de la mano; vosotros buscáis telas recamadas de oro, él iba peor vestido que el ínfimo de vuestros esclavos... Pero el cielo se abrió para este pobre y toda vuestra opulencia no podrá impedir que vosotros seáis arrojados al infierno. Aunque desnudo, él conservó la blanca vestidura de su bautismo; vosotros, en cambio, la habéis perdido con vuestras vestiduras fastuosas. Por mi parte prefiero la túnica de Pablo a la púrpura de los reyes.»

La visita de San Antonio

Un episodio encantador y de idilio.

Llegaba ya a su fin la vida del gran solitario cuando un día vió repentinamente sorprendida su soledad por la visita de un ser humano.

Era quizás la segunda que recibía en veinte lustros.

La primera había sido la de un peregrino que pasara casualmente por allí. El ermitaño le acogió con cariño y le hizo sus preguntas:

«¿Hay todavía hombres debajo del sol? ¿Todavía se construyen casas y se declaran guerras...?»

La de ahora era de otro solitario de fama también y nombre imperecedero: San Antonio Abad, quien contaba, a su vez, noventa años.

Los dos ancianos se abrazaron con efusión.

La providencia les unía dando así la nota patética y de poesía intensa que inmortalizara en su gran cuadro el pincel de Velázquez.

Ambos conversaron de Dios largamente y comieron también juntos al amor de la fuente y bajo el dosel flotante de las palmeras.

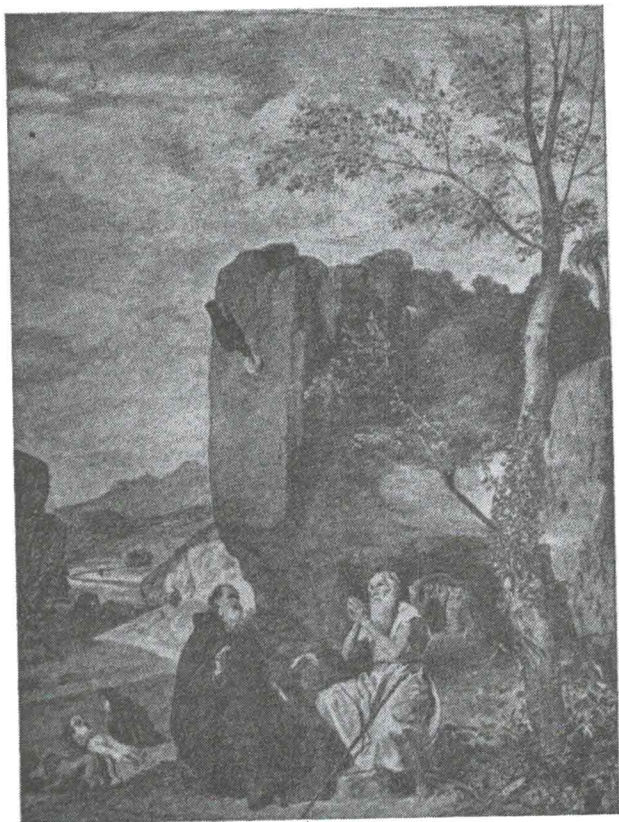
¡Y qué convite aquel!

Los consabidos dátiles, unas hierbas cocidas sin aceite y... lo principal, lo refiere emocionado San Jerónimo..., un cuervo ha aparecido repentinamente y les ha traído en su pico un pan...

Pablo sonrió amablemente ante tan delicada caricia de la divina Providencia; tomó el pan con agradecimiento del negro simpático visitante y dijo a su comensal: «Mira, hermano: hace sesenta años que Dios me envía de esta misma manera que tú ahora contemplas, medio pan diariamente, pero hoy ha duplicado Dios, piadoso y providente, el sustento a sus soldados.»

La anécdota podrá no ser rigurosamente histórica y aun imaginamos la sonrisa maliciosa de algunos críticos a quienes parece que ofende toda manifestación sobrenatural en la historia, pero comprendemos que es perfectamente del estilo de Dios y encaja de lleno en su condición amable y cariñosa.

Cuando el divino Salvador vivió en el mundo lo dejó todo lleno de delicadezas y ternuras. ¡Qué bondad para con la viuda de Naím, el ciego de Jericó, el buen ladrón y tantos otros! ¡Cómo galardonaba generosamente los más pequeños servicios! Para con sus amigos tuvo aún mayores delicadezas: Sus apóstoles, el Régulo y sobre todo Lázaro y sus hermanas Marta y María.



San Antonio Abad en la visita a San Pablo, primer ermitaño
(Veldzquez)

¿Por qué ha de haber cambiado de condición ahora en el cielo? Los santos son amigos especiales de Dios y nada es de extrañar que les trate con el cariño y atenciones singulares que la amistad requiere.

Pablo y Antonio habían enterrado su vida en el desierto por amor suyo: dignos eran de esta pequeña recompensa.

La muerte

Va a llegar el desenlace.

En el ambiente idílico del incomparable episodio parece oírse un coro de ángeles que cantan las palabras del Evangelio. «Ea siervo bueno y fiel... entra en el gozo de tu Señor».

Pablo da a Antonio la noticia.

«Has de saber, hermano, que mi última hora se acerca. Siempre he estado unido con Jesucristo y no me queda más que la corona de justicia. Ruégote, pues, que vayas a buscar el manto del gran Atanasio y vuelvas para enterrarme con él, pues quiero morir en su fe.

Antonio se dió prisa en cumplir el encargo y volvió de nuevo a sus discípulos, pero iba arrebatado de admiración del gran anacoreta: «¡Ay de mí, miserable pecador!», exclamaba: «¡ay de mí que llevo sin merecerlo el nombre de solitario! He visto a Elías, he visto a Juan en el desierto, he visto a Pablo en el paraíso.»

Después de una corta ausencia ya estaba de vuelta y entraba de nuevo en la cueva del asceta llevando consigo el manto solicitado, pero ¡triste sorpresa! Acababa de expirar. El cadáver del anciano aparecía de rodillas, con la cabeza erguida y abiertos los ojos y clavados en el cielo. Parecía habérsele salido el alma de un deliquio mientras miraba ansioso a las alturas.

El buen viejo lavó el cuerpo, le cubrió con el manto del Patriarca debelador del arrianismo y rezando salmos le sepultó bajo la sombra de la palmera. Tornó después Antonio a los suyos, llevando consigo dos tesoros: el recuerdo imborrable del ángel penitente del desierto y la túnica de hojas de palmera que en adelante se puso invariablemente todos los años en las fiestas solemnes de la Pascua y Pentecostés.

III

EL MONACATO DE ORIENTE (II)

San Antonio Abad; notas sobre su vida. — En la inmensidad del desierto. — Padre de un nuevo pueblo. — Siguiendo el camino de los Padres,

Es un apuesto joven, nacido en el país de las Pirámides, en la segunda mitad del tercer siglo, de padres nobles y ricos, pero, sobre todo cristianos.

En Comán, su ciudad natal en el alto Egipto, le llaman Antonio, nombre que él legará a la posteridad como uno de los más famosos de la historia.

En plena primavera de la vida y en posesión de no escasas heredades, le ofrecía el mundo el más risueño porvenir de felicidad y de honores, pero Dios le quería para más altos destinos y se apresuró a llamarlo a ellos.

Un día entró en la Iglesia como tenía de costumbre, cuando se leían precisamente el pasaje y las palabras de Cristo al joven rico: «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo y ven y sígueme».

Era el toque de la gracia.

Antonio se persuadió al instante de que aquellas palabras no las oía casualmente sino que se dirigían a él.

No se contristó como el joven del Evangelio, ni le pareció dura la respuesta.

Vuelto a casa vendió su pingüe patrimonio, lo repartió entre los pobres, se despidió de una hermanita pequeña a quien amaba tiernamente y salió para siempre de su tierra y de los suyos.

La voz de la soledad

¿A dónde dirigió sus pasos?

Primero se puso bajo la dirección de un solitario que llevaba vida eremítica de penitencia en un paraje cercano. Luego, de-

seoso de mayor incomunicación, se retiró a un antiguo sepulcro excavado en una montaña más lejana...

Comenzó para él entonces la verdadera soledad en que había soñado, pero ¡qué terrible, qué espantosa la resultó!

Los primeros años mayormente, sabemos que fueron trágicos.

Dice San Atanasio, su biógrafo, que «se desencadenaron en lo íntimo de su alma, verdaderas tormentas de pensamientos que con ímpetu aterrador pretendían desvanecer sus buenos propósitos».

Era la tentación que llamaba a su puerta y que Dios permitía para probar a su soldado bisoño aún e inexperto y, puesto que le destinaba a ser maestro de otros, hacerle consumado estratega en las lides del espíritu.

Podemos imaginarnos lo que fué su campo de batalla.

Antonio estaba aún en el ardor y en la ilusión de la vida. Hasta hacía poco había sido rico: estaba acostumbrado a las alegrías sociales, diversiones y pasatiempos...

Ahora se encontraba casi de repente, lejos, muy lejos de todo ello. Desnudos peñascales, árida y áspera campiña le rodeaba; no tenía nada ni a nadie que elevara su espíritu, le diera aliento y confortara en la depresión... Vivía en un sepulcro por casa, sin más alimento que hierbas; flaco, macilento, denegrido por los rayos implacables del sol del desierto...

¿Y así había de vivir cuanto de vida le restaba? ¿Y ya no tendría más ni amigos, ni solaces, ni comida siquiera propia de hombres?

El novel anacoreta sentía algo así como una fuerza misteriosa que ponía en movimiento sus pies para la fuga...; le parecía estar atado a una cadena de la que tiraban con fuerza hercúlea hacia el mundo... Sobre todo, el tierno afecto a su hermanita le atormentaba.

¡Terrible situación aquella!

¿Quién vencerá en la porfía?

¡Qué admirable es Dios en sus santos!

Antonio resistió con constancia y tesón de héroe y allí permaneció sin ceder un palmo de terreno, día tras día, año tras año.

¡Qué equivocados están los que se imaginan la vida anacoretica poco menos que un idilio; fué ardua y heroica como ninguna y a veces, humanamente insoportable.

De ella en particular podemos afirmar lo que Frundsberg, jefe de ejército, dijo un día de la vida religiosa en general: «¡Frailecito, frailecito! A ti se te ordena llevar una existencia tal que muchos jefes como yo no la hemos llevado ni en las más terribles batallas. Si te guía la vocación divina y una inten-

ción recta, sigue adelante, en nombre de Dios y acuérdate de que él nunca abandona».

Comentando estas palabras dice Walter Nigg: «Nunca ha sido el camino del monacato ni fácil ni agradable. Es un sendero estrecho que conduce a las cumbres luminosas llenas de claridad; pero junto a sus márgenes se abren abismos profundos y espantables. Para recorrerlos se necesita ánimo sereno y aun osado» (El secreto de los M., p. 21).

En la inmensidad del desierto

Quince años pasó Antonio en el sepulcro mencionado.

Al fin de ellos, un día empuñó de nuevo el bordón de peregrino y despidiéndose de los ásperos parajes se retiró de ellos decidido.

Cualquiera hubiera pensado que, vencido al fin, se volvía al mundo... Pero era todo lo contrario. Su rumbo lo dirigió hacia el verdadero desierto que comenzaba allí imponente y sombrío.

Era, como se ve, quemar las naves..., cerrarse la retirada.

El desierto suena ahora para nosotros como algo romántico: la ruta ilusionadora de aventurero turismo.

Su majestad y grandiosidad imponente nos fascina.

Pero no era ese el efecto que producía en los antiguos: más bien sentían ante él terror y pánico. Era el gran sudario de la silente y muerta naturaleza cuyo hálito deletéreo llegaba en ráfagas de arena que reseca la garganta y sofocaba...

Atraverse a adentrarse en él era sólo de locos o temerarios...

Pues, allá se dirigió Antonio. ¿Buscaba tal vez más amplios, infinitos horizontes para alabar a Dios, o mejor quizá, pretendía extinguirse por él en la inmensidad como un granito de arena?

Varios días caminó atravesando dunas abrasadoras, asfixiándose y tostando su rostro con los rayos de un sol implacable... Al fin divisó una montaña allá a lo lejos, cerca del histórico Mar Rojo, y a ella se encaminó. En un pequeño oasis sombreado por algunas palmeras y surcado por un insignificante regatuelo de agua cristalina. Edificóse una choza de menos dos metros en cuadro, y se dispuso a convertirlo en su morada definitiva para más de cincuenta años que había de vivir aún.

¡Cincuenta años en pleno desierto! Exclamará el lector; y ¿en qué se ocupó en ellos?

Enigma indescifrable para nuestro siglo que parece no reconocer más trabajo posible que el mecánico o, el de la industria y el comercio...

Cuatro actividades enumera San Atanasio.

«La *primera*, la más esencial en el monacato, la oración. "Pernoctabat in oratione saepissime": Pasaba muchísimas noches, la mayor parte de las noches, en oración. No había tenido bastante con la continua del día y aprovechaba también el mayor sosiego, la calma majestuosa nocturna para elevarse a Dios, para cantar sus maravillas... alma mística, endiosada, se sentía atraída al Creador como el hierro por el imán. Los rayos del sol naciente venían a sorprender al solitario en su éxtasis divino. "Oh sol exclamaba, ¿tan pronto otra vez sobre la tierra? ¿Por qué vienes a distraerme con tus resplandores? Me robas la claridad de la verdadera luz..."

La *segunda* ocupación fué la de la penitencia. Horrorizan sus rigores a la molicie, y al confort modernos. Comía una sola vez al día, puesto ya el sol, y aún con frecuencia pasaba dos y tres y aun cuatro días sin llevar nada a su boca: y cuando lo hacía, no era otra cosa su alimento que pan y sal, quizás unas hierbas cocidas con sola agua o crudas, y como gran regalo, unos dátiles.

Dormía también muy poco sobre unos mimbres y vestido del áspero cilicio que nunca se quitaba. Y así, uno, cincuenta años...

Luchaba también, y esta fué su *tercera* ocupación. ¿De nuevo las tentaciones de su vida en el sepulcro? Sí; pero ahora no le venían ya tanto del mundo, de la nostalgia del bien pasado, cuanto del enemigo nato del hombre, del propio Lucifer. El en persona, digámoslo así, quiso habérselas con el irreductible anacoreta.

Pocos santos han experimentado tan crueles e incesantes sugestiones del maligno como él. El mismo demonio se le aparecía para aterrarle, unas veces bajo la forma de fieras espantosas, de tigres, de chacales, de culebras monstruosas que le acometían queriendo devorarlo...

Otras, astuto, halagador, se presentaba bajo la imagen de mujeres lascivas que le incitaban al placer, otras y frecuentemente, incluso le apaleaban con crueldad y fiera.

Un día, después de una de esas luchas formidables yacía prostrado en tierra, sin fuerza para sostenerse en pie, cubierto de heridas, ensangrentado y magullado todo el cuerpo...

El cuerpo, decimos; que el espíritu aún permanecía entero y retador...

"Heme aquí, decía: soy Antonio; no huyo de vuestros combates, aunque sean mayores todavía; ninguno de ellos me separará de Cristo"...: y entonaba el salmo de los valientes: "Aunque se levanten contra mí ejércitos no temerá mi corazón".

Termina el biógrafo con esta página confortante:

"Otro día, rendido de la lucha vió que de lo alto de la montaña se abría el cielo dejando escapar una grande claridad. ¿En dónde estabas, Jesús mío?, exclamó el solitario; ¿por qué no acudiste a la refriega, a curar, al menos, mis heridas?...

De entre la nube luminosa salió una voz que le dijo: Contigo estaba, Antonio; asistía a tu combate; no temas que esos monstruos no volverán a causarte el menor daño".

Finalmente, la *cuarta ocupación*: el trabajo manual.

Se iniciaba en él lo que había de perpetuarse como institución importantísima en el monacato oriental y más tarde, en el de occidente.

El monje no debía estar nunca ocioso, pues, la ociosidad es madre de todos los vicios y hormiguero de tentaciones.

El trabajo de Antonio fué el de la agricultura.

El idilio unido a la tragedia.

Cerca del sitio de su morada, murmuraba, como ya indicamos, un arroyuelo cristalino, salido de las entrañas del monte y que proporcionaba la suficiente humedad a las palmeras. Antonio cavó varias porciones de tierra con cariño y derivando hacia ellas el agua, las había convertido casi en feraz huerto. Hasta llegó a formar un pequeño estanque para tener el agua a su disposición para los riegos convenientes.»

Padre de un nuevo pueblo

Pero ¿qué atractiva es la santidad y cuán poco puede estar oculta!

La fama del gran solitario de Egipto empezó a extenderse pronto por todas partes: Llegó a Roma, a Constantinopla, a Alejandría y fué objeto y pábulo de todas las conversaciones.

La pobre choza del ermitaño fué, desde entonces, lugar de peregrinaciones incansables. Acudían aun de países remotos incluso filósofos paganos... Iban a ver al hombre de Dios, a contemplar el prodigio de su santidad y penitencia, a consultarle.

San Atanasio cuenta en su vida del Patriarca, el diálogo sostenido un día con algunos de estos visitantes: «Os habéis molestado, oh filósofos, en venir a ver a un mentecato.» «No hubiéramos venido, contestaron ellos, si te tuviéramos por tal: muy al contrario, creemos que la sabiduría ha descendido sobre tu mente...» «Pues, si me llamáis sabio, añadió con agudeza Antonio, debéis imitarme.»

Llegó también a su choza Dídimo, el ciego, el famoso sabio cristiano de Alejandría. «¿Estás triste, le dijo el solitario, por haber perdido la vista?» Respondió Dídimo sinceramente que sí.

Antonio le dió entonces una lección de santidad y de consuelo al mismo tiempo :

«Es increíble que hombre tan sensato como tú eche de menos los ojos del cuerpo que nos son comunes con las moscas, gozando de la luz divina de los Apóstoles y los santos.»

El mismo Emperador Constantino le escribió humildemente pidiéndole sus oraciones por el Imperio.

Mas, sobre todo, conmovió su fama de santidad y celestial sabiduría a los otros anacoretas. Eran éstos muchos, esparcidos por las más diversas partes de aquellas vastas soledades. Vivían todos, a semejanza de San Pablo y del mismo Antonio, en chozas, en sepulcros antiguos, o en cuevas, entregados a sus penitencias y oraciones, pero separados los unos de los otros, sin trato ni comercio humano entre sí, como estrellas solitarias del desierto. Y ¡providencia manifiesta de Dios!

El impulso que arrastraba a los demás, les llevaba también a ellos a visitarle y... ya no podían apartarse de él.

Por ello determinaron muchos trasladar su morada al derredor de la suya, y como por ensalmo se vieron las cercanías pobladas por centenares de chozas. Antonio era tenido por todos como Padre y director experto de sus almas y aun se establecieron reuniones periódicas de todos con él para oír de sus labios provechosas enseñanzas.

Había aparecido con esto una nueva modalidad en la vida eremítica. Se perfeccionaría más con el Cenobio de San Pacomio, pero el primer paso estaba ya dado. Las estrellas solitarias empezaban a acercarse ya, a entrelazar sus rayos.

¡Y cuántas y cuán resplandecientes eran!

Allí muy cerca, y en la más rústica choza, se veía al famoso Sísoes, tan lleno de espíritu y unión con Dios que pasaba las noches al borde de un precipicio orando y alabando a Dios en voz alta hasta que el sol, subiendo por el horizonte, le suplía en las alabanzas del Creador... Más allá moraba *Benjamín*, el Job de los anacoretas. Padecía una enfermedad monstruosa que él llevaba no sólo con la resignación del Patriarca de Idu-mea, sino aun con visible regocijo y cantando agradecido al cielo...

El tercero se llamaba *Moisés* el negro. De él se contaba que sorprendido una vez por cuatro bandoleros los desarmó y los llevó a su choza y les enseñó a alabar a Dios...

El gran *Arsenio* era otro de los discípulos... Había brillado en la corte imperial por su poder y prudencia, pero lo había abandonado todo para ponerse a los pies de Antonio y oír sus enseñanzas... Más lejos, *Poimén*, y *Apolo* y muchos otros que no es posible enumerar...

A todos guiaba el mismo anhelo: ser santos y perfectos bajo la dirección del maestro que Dios en su providencia les deparaba.

Eran, según afirman los documentos, varios miles y de ellos se llenó el monte en donde residía el Patriarca...

Podríamos llamarles «los elegidos»: el «nuevo pueblo de Dios», de los «pobres de espíritu» y que «tenían sed de la justicia», nacido en el monte de las bienaventuranzas al impulso de las palabras de Jesús; los que participaban más abundantemente del espíritu y de la vida, que él vino a traer a la tierra.

El Camino de los Padres

El capítulo 58 de la Vita, lo dedica San Atanasio a referirnos la muerte del gran Patriarca.

«Preciosa es en el acatañiento del Señor la vida de sus santos», dice la Escritura y en pocos se ha cumplido tan bien como en Antonio.

Cuando ya por la vejez no podía valerse de sus miembros, llamó a los Hermanos y les dijo despidiéndose de ellos: «Yo, Hermanos míos dilectísimos, siguiendo las expresiones de la Sagrada Escritura, comienzo el camino de los Padres; ya Dios me invita: ya deseo ver las cosas celestiales. A vosotros ¡oh entrañas mías!, os aviso, que no perdáis repentinamente el trabajo de tanto tiempo. Pensad que es hoy el día primero de vuestra vocación y fervor y crecerá la fortaleza de vuestra voluntad. Ya visteis las múltiples asechanzas del demonio, sus ímpetus feroces y fuerzas afeminadas. Suspirad por Dios...

Evitad el veneno de los herejes y cismáticos e imitad mi odio hacia ellos porque son enemigos de Cristo.

Observad solícitamente los preceptos del Señor y después de vuestra muerte os recibirán los santos, como amigos, en los eternos tabernáculos.

No bajéis a Egipto mis restos mortales, antes sepultadlos en la tierra. Confío en Dios que en el día de la resurrección, este cuerpecillo se levantará incorrupto...

Y adiós ¡entrañas mías! Antonio comienza su peregrinación y ya no estará más con vosotros en el presente siglo.»

Terminadas estas palabras besáronle emocionados sus discípulos y él quedó alegre esperando la muerte, de modo que por su rostro se manifestaba la presencia de los Santos Angeles que habían bajado a llevar su alma. Mirándolos a éstos como amigos, exhaló su espíritu y fué añadido a los Padres, según el oráculo divino.»

IV

EL MONACATO DE ORIENTE (III)

Discípulos del Gran Antonio. — Ammón y Macario. — Siria y Palestina. — San Hilarión y sus austeridades. — Huye de la gloria vana. — Su muerte.

La influencia de San Antonio fué duradera y universal en todo oriente.

A la muerte del Patriarca quedaban pobladas de colonias de anacoretas solamente las regiones de la parte superior de Egipto, pero pronto fueron rebasados esos límites.

Las multitudes de solitarios crecieron como por ensalmo en los años posteriores, por obra, sobre todo, de sus discípulos.

Ammón, uno de ellos, se dirigió hacia Nitria, región abrasada y pantanosa del Bajo Egipto, colindante con el desierto líbico, llena de nitro y desolada, en una vasta zona de 50 km. de largo por 15 de ancho. Allí fundó la famosa colonia de este nombre, célebre por sus rigores y que pronto pudo contar unos 5.000 solitarios.

Otros, como Pambo y Macario, Poimén y Moisés el etíope, erigieron la no menos renombrada de *Escete*, cerca de los montes que separan el delta del Nilo de la Libia.

Saltó después el monacato antoniano las fronteras de Egipto.

En *Siria* se nos habla de numerosos ascetas en los desiertos de los alrededores de Antioquía, de Berea y de Calcis.

Allí aparecieron por primera vez los estilistas, así llamados por su extraño género de vida.

El más conocido de todos fué Simeón, el estilista por antonomasia. Moraba al principio con otros monjes, pero corrió la fama de sus inauditas austeridades y eran innumerables los que iban a visitarle. Él a su vez, ansioso de la soledad, se retiró a la cumbre de una montaña y construyó una verdadera cerca que encerraba por completo su retiro.

Todo fué inútil sin embargo.

Las muchedumbres que le visitaran se enteraron del escondrijo y corrieron a él. Arbitró entonces otro medio para librarse del asedio, y un día se pudo ver al solitario elevado sobre un alto pedestal o columna de un metro de circunferencia, en el centro mismo de su acotado albergue, de pie y extático, clavados los ojos en el cielo... Pareció a los otros solitarios raro y extravagante aquel género de penitencia y determinaron prohibírsele; pero antes quisieron probar si procedía de Dios o de su capricho, acudiendo a la piedra de toque de la humildad y obediencia.

Le enviaron, pues, una comisión de monjes especialmente respetables por la santidad de su vida, a intimarle la orden de bajar de su columna. Apenas habían acabado éstos de hablar, ya Simeón, obediente a lo mandado, se dispuso a descender sin objetar palabra.

El acto fué reconocido como señal inequívoca de virtud y de que todo era de Dios y le exhortaron a continuar su camino.

Treinta años estuvo San Simeón sobre la columna, casi siempre de pie e inmóvil.

Pasaba rezando las noches y al amanecer dormía doblado sobre sí mismo, hecho un ovillo y tocando casi la cabeza con los pies.

Desde su alta atalaya atendía a las gentes que venían a visitarle, predicando y aconsejando y aun curando sus enfermos.

Por fin quedó agotada su resistencia y una mañana apareció rígido, inmóvil en su sitio. Había sido llamado por Dios a recibir el premio de su heroísmo.

El criterio de los Padres del yermo al tener por raro, al principio, el género de penitencia de Simeón estilista fué compartido también en aquel tiempo por otros y después a través de la Historia, respecto a los rigores de los anacoretas en general.

No queremos vindicarlos a todos.

Habría casos, sin duda, en que se mezclaba la vanidad, el deseo de llamar la atención, de distinguirse, pero ciertamente no somos nosotros los llamados a enjuiciarlos, nosotros, digo, cuyo sublime ideal, es quizás, una vida confortable y regalona.

¡Aun en sus desviaciones fueron heroicos aquellos hombres!

Especialmente respecto de San Simeón hemos de acordarnos de que ha sido reconocido por la Iglesia como Santo.

Teodoreto de Ciro dice en su Historia Religiosa: «Estoy seguro de que el estilista no escogió tal género de vida sin la orden de Dios; por eso exhorto a los cristianos a que refrenen y cohiban su lengua» (c. 26).

Del desierto de *Calcis*, en la misma Siria, nos habla también San Jerónimo, que hizo en él algo así como su noviciado anacorético, y cuya terrible vida nos describe él mismo con colores espantables: «Pálido por los ayunos, llorando todo el día, golpeándome el pecho con una piedra, ennegrecida la piel cual la de un etíope» (Ep. XXII).

De allí era también *Abraham Kidunaja*, de gran fama de santidad y cuya muerte y entierro conmovió los lugares vecinos.

En *Persia* se distinguió *San Afraates*, primer abad del Monasterio de Martien, al este de Mosul y más adelante, en la costa de Edesa, *Julían Sabbas*, de quien se dijo que no tenía más que huesos bajo su piel...

En *Mesopotamia*, *Agnés* y el Patriarca *Nersés*, en *Armenia*.

San Hilarión

Y llegamos a una de las cumbres más inaccesibles del Monaquismo, aunque todos, como hemos visto, parecen serlo.

Al comenzar a escribir la vida de este varón extraordinario, nos dice, no sin énfasis, San Jerónimo... «Alejandro Magno el macedonio... al llegar al sepulcro de Aquiles dijo: Dichoso tú ¡oh joven! que tuviste a un pregonero digno de tus hazañas: Se refería a Homero. A mí me ha tocado trazar las hazañas y la vida de un tan gran hombre que el mismo Homero o envidiara la materia o sucumbiera en la empresa.»

Sigamos los rasgos más característicos de su vida según el referido biógrafo contemporáneo suyo.

Fué originario de Tabata, ciudad distante unos diez kilómetros de Gaza en Palestina.

Enviado por sus padres, que eran paganos, a estudiar a Alejandría, no tardó en dar muestras inequívocas de su talento y gran carácter.

Se convirtió en esta ciudad al Cristianismo y la vida cambió desde entonces para él de significado y de rumbo. Ya no ejercieron en su ánimo el más mínimo atractivo, ni los delirios del Circo, ni los sangrientos juegos gladiatorios, ni las lascivias del teatro. Sólo le atraían los actos de piedad y las reuniones cristianas.

En una de éstas llegó a sus oídos la fama de San Antonio. Su vida y penitencias le entusiasmaron tanto que quiso hacerle una visita y lo realizó, en efecto. Marchó a través de los desier-

tos en su busca y estuvo en su compañía unos meses observando su vida y aprendiendo de él las virtudes y santidad monacales.

Regresó después a su tierra llevando consigo algunos monjes, con los cuales se proponía implantar en ella la vida de perfección. Sus padres habían muerto ya y quedando él libre en el mundo, puso en práctica el consejo evangélico. Repartió sus bienes entre sus hermanos y los pobres, sin reservarse nada para sí y se internó en el desierto.

Un manto de piel de cabra que le regalara San Antonio al despedirse y un sayo de aldeano cubrían el delicado enjuto cuerpo del joven.

Fijó su morada en una vasta y espantosa soledad entre el mar y las marismas y allí vivió años y años.

También como a Antonio le asaltaba Satanás con las fuertes tentaciones, especialmente carnales; pero ¡increíble tesón y energía la de su carácter! A sus instigaciones respondía él con decisión tremenda: «Yo haré, decía, dirigiéndose a su cuerpo, yo haré ¡oh asnillo!, que no recalcitres. No te alimentaré con cebada sino con paja; te agotaré de hambre y de sed; te cargaré pesada carga y te llevaré por hielos y calores para que pienses más en el alimento que en la lascivia.»

De esta manera llegó a ser un verdadero pasmo de penitencia.

Desde los 21 años hasta los 27 no comió más que unos pocos higos secos cada tres o cuatro días. De los 27 a los 30 se sustentó solamente con raíces y hierbas silvestres. De los 31 a los 35, de seis onzas de pan de cebada con unas verduras cocidas sin aceite.

No es extraño que comenzara a perder la vista y que su cuerpo se contrajera, según su biógrafo, como una manzana arrugada y descolorida. Para evitar el completo aniquilamiento, añadió a las verduras un poco de aceite, y así permaneció hasta los 63 años.

A los 64 se sintió tan desfallecido que creyó próxima su muerte, pero el férreo asceta, lejos de aflojar en sus fervores, los redobló más bien como si entonces comenzara el servicio de Dios. Le impusieron, no obstante, la comida sus discípulos: una especie de sémola sin gusto ninguno, hecha de harina y de aceite que apenas llegaba a las seis onzas.

Ni en las mayores festividades ni en lo más fuerte de su enfermedad quebrantó el ayuno...

Y a todo esto oraba continuamente, regía a miles de monjes y aun trabajaba con sus manos. A imitación de los monjes de Egipto, se ocupaba también en tejer cestos y espuertas.

Afirma San Jerónimo que Hilarión levantó en Palestina monasterios numerosos. Estos eran, al modo de San Antonio, colo-

nias de monjes que vivían independientes entre sí y cada uno en su propia choza, pero con la diferencia de que las cabañas de Palesina estaban más unidas y dentro de una cerca común que las protegía a todas. Recibieron un nombre especial, y se llamaron Lauras.

Había colonias de ermitas a todo lo largo de la costa de los Filisteos y el número total de sus discípulos ascendía a seis o siete mil.

Huye de la gloria vana

La fama de las austeridades del gran anacoreta, corrió muy pronto, como era natural, por todos los contornos.

Algunos le presentaron enfermos y los curó, lo que fué un nuevo incentivo a las visitas.

Estas aumentaron increíblemente.

Ya no eran los enfermos; el pueblo en masa deseaba ver al hombre de Dios y recibir su bendición, y con el pueblo, letrados, sacerdotes y obispos, magistrados y grandes del mundo.

Era una ininterrumpida romería.

Hilarión era el único que no se avenía a tales demostraciones. Lloraba todos los días con amargura y decía desconsolado: «¡Ay de mí, que he vuelto de nuevo al mundo! Ya he recibido mi recompensa en la tierra».

Al fin tomó una decisión terminante.

Aunque sus hermanos le vigilaban constantemente porque se recelaban su intención, determinó abandonar aquel lugar y marcharse a donde no pudiera nadie conocerle.

Se hizo traer secretamente un jumentillo porque estaba tan extenuado de sus ayunos que apenas podía andar, e intentó la fuga.

Pero, fué en vano.

Palestina entera se puso en movimiento al saber la noticia y de todas partes corrieron a detenerle...

Lo consiguieron unos días, mas la decisión era irrevocable.

Para obligar al pueblo y a sus hermanos a que les dejaran marchar acudió a un procedimiento extraño entonces aunque muy en boga en nuestros tiempos: a la huelga del hambre. Efectivamente, resolvió no comer ni beber nada hasta que dejaran de impedirle.

Siete días estuvo sin tomar nada de alimento, hasta que, al fin, temiendo por su vida, desistieron de detenerle.

Una multitud innumerable le siguió hasta Gaza. Allí se despidió y tomando como compañeros a cuarenta monjes, hizo su

viaje o peregrinación, a lo que era su tierra prometida, Egipto, el palenque y glorioso escenario de su padre San Antonio.

Visitó a los monjes de Tebaida, pero, sobre todo, los lugares santificados por el mencionado Patriarca.

Llegó a ellos en el aniversario de su muerte y pasó toda la noche en oración...

Era la montaña y la choza misma que se hiciera Antonio: allí se veían las palmeras y el arroyuelo y el estanque. «Ved, le decían los monjes del lugar: aquí cantaba y oraba; allí trabajaba; allá reposaba cuando se sentía cansado... Estas viñas fueron plantadas por su mano... esta la azada de que se sirvió tantos años» (San Jerónimo).

La muerte

¡Cosa insospechada!

A pesar de tanta penitencia y de salud tan precaria llegó el gran asceta hasta los ochenta años.

Al fin sintió que se le acercaba la muerte y se preparó para ella.

Ante todo hizo testamento.

A Hesiquio, uno de sus más observantes discípulos, le hizo heredero de cuanto tenía en este mundo: un evangelio, una túnica de saco, la cogulla y un pobre manto.

Estaba rodeado de sus hermanos.

El cuerpo yacía en el suelo ya casi yerto y frío, pero aún hablaba y tenía abiertos los ojos: ¡caso emocionante! Él mismo animaba a su alma a salir del cuerpo...

«Sal», le decía: ¿Qué temes? ¿Por qué dudas? Ya hace cerca de setenta años que sirves a Dios y aún temes la muerte?

Estas fueron sus últimas palabras con las que exhaló su espíritu y fué a unirse con los Padres.

EL MONACATO DE ORIENTE (IV)

La evolución del Monacato. — San Pacomio; su conversión y primeros años. — A los pies de Palemón. — El primer Cenobio. — La Regla. — Su muerte.

El Monacato de oriente no se presentó, como era natural, desde el principio, cual obra perfecta e intangible. Por el contrario, fué modificándose en el decurso del tiempo, según las circunstancias lo exigían, y a medida que la experiencia, gran maestra de la vida, iba dando a conocer las deficiencias del método.

Comenzó, como ya vimos, por solitarios en Egipto, especialmente en la Tebaida, sin trabazón alguna entre sí, sin trato de unos con otros. San Jerónimo llama, en este sentido, a San Pablo, primer ermitaño, autor e iniciador de la vida monástica.

Pocos años después, por obra de otro varón insigne, San Antonio, tomó la vida solitaria una nueva modalidad inestimable. Aunque seguía aún la separación e independencia mutua entre los monjes, apareció ya un lazo que los unía: un Padre Espiritual común, a quien todos acudían en demanda de dirección y de consejo. Aun las mismas distancias materiales se acortaban agrupando sus chozas junto a la suya. Era el primer germen de Comunidad que brotaba y que pronto había de perfeccionarse más.

San Hilarión acercó más las moradas de los suyos recogiendo todas, en sus *lauras*, dentro de un circuito amurallado.

Finalmente se llegó al verdadero monasterio o Cenobio, a la vida común bajo una misma regla y disciplina.

Esta nueva modalidad trascendental fué la aportada por San Pacomio y perfeccionada después por San Basilio.

San Pacomio

He aquí cómo nos cuenta él mismo, de una manera pintoresca, las notas más salientes de sus primeros accidentados años:

«Nací, dice, en Esneh, junto al Nilo y crecí oyendo las invocaciones de mis padres gentiles, a los falsos dioses y asistiendo a las oblaciones idolátricas: un secreto instinto me decía, sin embargo interiormente, que todo aquello era vanidad.

Un día me llevaron a un templo en que se ofrecía un sacrificio ritual en honor de los que habitan bajo las aguas, pero cuando me vieron, los demonios que hablaban por boca del ídolo tutelar, huyeron amedrentados. El celebrante, irritado por mi presencia ordenó que me arrojaran del sacro recinto. Mis padres entristecidos y llorosos, vieron un mal augurio en este suceso y se esforzaban en hacerme comprender los misterios del buey Serapis y de Isis, cabeza de becerra.

A los veinte años me alistaron para servir como remero en las galeras del Imperio. Entonces salí por primera vez de mi tierra y visité, en compañía de otros mozos de mi edad, los puertos del oriente.

Ibamos todos de mala gana por lo que no dimos buena cuenta de nosotros. Resultado de todo fué encerrarnos en una prisión.

Ello fué un gran beneficio para mí, pues me dió ocasión de conocer a los cristianos. Unos buenos hombres nos visitaban caritativamente y nos traían de comer.

Esta bondad conmovió mi alma y lleno de curiosidad pregunté qué Dios era el que ponía aquellos sentimientos en sus fieles. Entonces fué cuando oí pronunciar por primera vez, el nombre de Jesús.

Me sentí alborozado como si me dijeran una palabra que esperara con anhelo.

Poco después, hallándome en la galera remando por el Emperador, mis compañeros de servidumbre, se rebelaron contra los oficiales que los maltrataban y al llegar a un puerto de la Cirenaica, abandonaron los remos llevándose atados a los jefes.

Yo que había prometido a mi nuevo Dios no hacer nunca mal a mis semejantes, permanecí solo en la nave y quiso la suerte, que un viento ligero me condujera hasta Egipto. Dejé la galera en el puerto de Abjendrá y me encaminé a mi país natal resuelto a dedicarme de un modo absoluto al servicio de Jesús. Un sacerdote cristiano me inició en los misterios; me

bautizó y me enseñó a vivir evangélicamente. Después repartí mis bienes entre los pobres, comencé a vivir muy pobremente y me puse a servir a los enfermos hasta que, cierta noche, una voz que salía de entre las zarzas del Camino, me dijo: "Pacomio: busca en el desierto a un santo hombre cuya vida es agradable delante del Señor".

A los pies de Palemón

Este era el santo hombre de referencia.

Al día siguiente ya llamaba tímidamente el joven candidato a la puerta de la choza del solitario, pero las primeras palabras de éste fueron para él una repulsa.

«No es pequeña cosa hacerse monje», le dijo, condensando en una expresiva frase, el heroísmo del monacato.

«Tú no puedes, en modo alguno, ser monje aquí. Mi regla es demasiado severa para un principiante. No como más que pan y sal y esto un día sí y otro no, más alguna legumbre durante el invierno... Empleo la mitad de la noche en cantar salmos, y no son pocas las que no pruebo el sueño».

«Espero en nuestro Señor, contestó humilde, pero decidido Pacomio, que ayudado de vuestras oraciones, permaneceré hasta la muerte». Y en efecto, se quedó con Palemón sin arredrarse por nada.

El yunque se había hecho para el acero.

Oraba incesantemente, trabajaba y leía las Sagradas Escrituras en aquella imperturbable soledad...

Los primeros meses fueron arduos. Su débil y enfermizo cuerpo no podía soportar el ayuno riguroso; experimentaba en carne propia que no era, en realidad «pequeña cosa hacerse monje», pero su gran carácter se impuso:

«Lo que hace este anciano, se decía, ¿no he de poder hacerlo yo que me hallo en plena juventud?»; y siguió adelante inmovible.

A las dificultades de la durísima penitencia añádase el combate aterrador con el demonio.

Algo parecido al caso ya citado del primer Abad del yermo.

El mal espíritu le asediaba incesantemente para hacerle desmayar en el camino comenzado, o llenarle de orgullo y hacerle caer en pecados vergonzosos; pero el indomable antiguo remero, supo vencer todas las tormentas y sacó además, como San Antonio, la estrategia espiritual tan necesaria para el porvenir que le deparaba la Providencia.

El primer Cenobio

Seis años tan sólo llevaba Pacomio en el desierto y ya había alcanzado más fama que su maestro Palemón.

Este murió poco después y entonces nuestro héroe, seguido de unos cuantos, salió de entre las montañas y desierto de su noviciado y se trasladó al norte de Tebas, a un valle que llevaba el nombre de Tabenna, al norte de Tebas y cerca de Denderá.

Era sin duda la inspiración de Dios la que le llevaba a aquel sitio.

Apenas llegado a él oyó Pacomio una voz interior que le dijo claramente: «Detente aquí y construye un monasterio, porque muchos otros, deseosos de abrazar la vida monástica vendrán en seguimiento tuyo.»

El anuncio produjo un cambio radical en la mente y actividad de Pacomio. De seguir su propio impulso hubiera seguido la vida de soledad que llevara con el viejo Palemón sin realizar mudanza alguna. Las innovaciones venideras que le hicieron fundador del Cenobio las llevó a cabo por inspiración de Dios, no por propia elección y voluntad.

Pronto quedó construída la nueva morada para sí y para sus compañeros. Era la primera Comunidad Monacal propiamente dicha y el primer Monasterio que se levantaba en el Cristianismo.

El hecho parece que no tiene importancia en su sencillez, pero puede figurar entre los más trascendentales de la Historia, ya que la vida monacal y religiosa ocupa en la espiritualidad cristiana un lugar preeminente, pues de los claustros salieron las más poderosas corrientes que fertilizaron y hermosearon la Iglesia.

Es deber del cristiano y del historiador inclinarse respetuoso ante él y agradecerlo a la Providencia.

Pronto comenzaron las adhesiones que aumentaban cada día.

La primera morada construída por Pacomio fué agrandándose incesantemente a medida que crecía el número de los discípulos. Cuando éstos llegaron al centenar, edificó una Iglesia en el mismo Monasterio. Poco después fué necesario construir otro Cenobio, luego otros: algunos años más tarde, ya eran nueve. El fundador se trasladó entonces al de Pebú, sitio céntrico para todos y éste quedó convertido en Casa madre de la nueva orden religiosa, la primera que se fundaba en la Iglesia.

Los Cenobios pacomianos formaban como una pequeña ciudad rodeada de muros. Nada tenían que ver ya con las chozas más o menos unidas de hasta entonces, ni con los Lauras de San Hilarión. Dentro había pabellones o cuerpos de edificios aparte, capaces para una cuarentena de monjes agrupados generalmente por el género de trabajo que ejercían. Incluso había calles y departamentos o barrios.

El trabajo era una de las cosas más recomendadas y de él vivían. Se dedicaban al laboreo de la tierra, pero, sobre todo, a hacer con juncos del Nilo espuelas y esteras que luego vendían. El precio se depositaba en común para el sustento de todos.

Comían en un mismo refectorio en comunidad y tenían repartidas las horas del día cuidadosamente entre el rezo y las labores.

Vivían todos, además, bajo un régimen de obediencia a Pacomio y a los jefes por él, puestos. A su vez los Monasterios permanecían ligados entre sí en íntima confederación que presidía un Abad General o Archimandrita.

Refiere el biógrafo de Pacomio que un día se le presentó su hermana y le manifestó su deseo de abrazar la vida perfecta. Pacomio la dijo: «Piénsalo bien y si Dios te llama, mis hermanos te levantarán cerca de la aldea una celda y una capilla.»

Muy pronto fué todo un monasterio el que hubo de construirse, porque muchas mujeres se alistaban bajo la dirección de la hermana.

Este fué el origen de los Cenobios de monjas en oriente. También ellas vivían bajo la obediencia de una superiora o abadesa y practicaban en su medida la vida de los monjes. Llevaban un velo y una especie de mitra dorada en la cabeza.

El número, tanto de religiosos como de religiosas, era extraordinario. Ya en vida del fundador cobijaba el Cenobio de Tabenna 3.000 monjes, número que aumentó después hasta los siete mil. Todo el Instituto contaba a fines del siglo IV y en el V unos 50.000 hombres y otras tantas mujeres.

La Regla

Cierto día, leemos en el capítulo 21 de la Vida, estando Pacomio en oración le apareció un ángel y le dijo: Es la voluntad de Dios que, sirviéndole con mente pura, reúnas multitud de monjes y los enseñes a todos y establezcas conforme a la regla que te ha sido mostrada.

Concede a todos y a cada uno que puedan comer y beber conforme lo necesiten y, según la comida, oblígales a trabajar.

No les prohibas comer honestamente ni tampoco ayunar a los que lo quieran.

A los más fuertes y que comen, imponles mayor trabajo; menor a los enfermos y que se abstienen.

Harás diversas celdas y los distribuirás de tres en tres en cada una.

La comida se ha de preparar y tomar en un lugar, el mismo para todos.

Vistan por la noche túnicas de lino: lleven a la cintura un cingulo y cúbranse con una capa blanca de piel de cabra, sin la cual no podrán comer ni dormir.

Cuando se acerquen, sin embargo, a la comunión de los sacramentos, deben quitarse el ceñidor y la piel de cabra y usarán solamente de la cogulla...

Las oraciones durante la mañana serán doce, otras doce por la tarde, y doce en la noche...

Como Pacomio dijera que le parecían pocas, respondió el ángel: He puesto esas tan sólo, las que pueden tener sin gran trabajo aun los enfermos. Por lo demás, los que son perfectos no necesitan de esta regla, pues dentro de sus celdas no cesan de orar apacentándose en la divina contemplación.»

Termina *Paladio* la vida monacal pacomiana resumiéndola:

Se permitía a cada uno vivir según las exigencias de su salud. Las tareas estaban proporcionadas a las fuerzas. El alimento se tomaba en un local único... Se cantaba un salmo antes, y se comía en silencio con la capucha puesta. Cada uno había de aprender de coro el N. T. y ser capaz de recitar el salterio sin ayuda del libro. Al que se presentaba con deseos de ser monje se le imponía un noviciado de tres años; durante este tiempo aplicábase especialmente a trabajos corporales; terminados los tres años de prueba era admitido al coro. Llevaban todos encima de una túnica de lino sin mangas, ajustada con un cinturón, un manto de piel de cabra y una cogulla al modo de capilla. Dormían sentados, algo inclinados hacia atrás y con algún abrigo echado sobre el cuerpo.

La muerte

Fué en realidad digna de un Patriarca. De ella habla *La Vida* en el capítulo 53.

«Después de la fiesta del nacimiento del Señor, cuando ya había enviado por delante a muchos hermanos, cayó enfermo...

Y aunque aparecía extremadamente extenuado y débil, con todo mostraba un rostro alegre y radiante, manifestando con ello su piedad y sincerísima conciencia. Dos días antes de su muerte, convocando a todos los Hermanos les dijo: "Yo, carísimos, empiezo seguro el camino de los Padres, pues veo que Dios me llama. Acordaos de mis palabras, y vigilando en vuestras oraciones, sed sobrios en las obras. No os juntéis con... los enemigos de los preceptos de Dios: juntaos, más bien, con los que le temen y os pueden aprovechar con su vida santa y dar a vuestras almas espirituales consuelos.

"Yo me derramo como libación a Dios, pues se acerca el tiempo de mi partida" (Tim. II, IV).

Elegid de entre vosotros aquí en mi presencia a quien, después de Dios, presida a todos y lleve el cuidado de vuestras almas; yo pienso, según mi poco discernimiento, que Petronio es apto para este cargo, pero a vosotros pertenece la elección.

Recibieron todos, como hijos obedientísimos también en esto el consejo del Padre, pues era Petronio fuerte en la fe, humilde en la conversación y porte y de entendimiento prudentísimo, de santas costumbres y perfecto en discreción.

Por él dirigió Pacomio a Dios una plegaria.

Después, abroquelándose con el signo de Cristo, en frase de *La Vita*, y mirando con rostro alegre al ángel de luz al que se había dirigido, entregó a Dios su santa alma, el día décimo-cuarto del mes de pachú, según los egipcios y que es, según los romanos, el séptimo de los idus de mayo.

VI

EL MONACATO DE ORIENTE (V)

San Basilio. — Primeros estudios y crisis que le lleva a Dios. — Su monasterio junto al Isis. — La nueva regla monástica. — Obispo de Cesarea.

Llegamos a la última reforma y la más perfecta del monacato de Oriente.

San Pacomio había creado el Cenobio y con él la verdadera vida religiosa.

Parecía haberse llegado ya a la cumbre, pero aún cabían retoques y reformas en la gran obra, que debían hacerla más provechosa aún y de más altos alcances.

Ello entraba en la providencia de Dios que vela por la vida de la Iglesia y especialmente por la porción más escogida en ella, la que tiende a la perfección evangélica.

El hombre elegido para realizarla fué el gran Doctor y Obispo San Basilio, llamado el grande por su gran personalidad y méritos excepcionales.

Nos resta decir algo de él y de su obra.

Primeros estudios y crisis religiosa

Nació el gran reformador en Cesarea de Capadocia, en la primera mitad del siglo IV, en el seno de una familia noble y muy numerosa y más que todo, cristiana.

Tuvo diez hermanos, de los cuales tres fueron Obispos y una hermana que se consagró a Dios, llamada Macrina.

A pesar de tan religiosos antecedentes había ido Basilio difiriendo su bautismo año tras año y no lo recibió hasta poco antes de retirarse al desierto.

Llevado por sus ansias de saber marchó a Atenas para en-

tregarse de lleno al estudio de la Filosofía y de la elocuencia.

Tuvo por compañero a San Gregorio Nacianceno y trabajó amistad con un hombre que había de ser más tarde fatal para la Iglesia, Juliano el Apóstata.

Volvió a su patria cuando ya contaba 25 años, embebido y deslumbrado por los problemas y afanes del saber helénico y dispuesto a crearse un nombre y porvenir en las letras, pero disipado en su espíritu y sin entusiasmos religiosos.

Dios quería, sin embargo, valerse de él para una gran empresa de su gloria en la que nunca pensara el joven; la empresa de reformador del Monacato.

Empezó, ante todo, por prepararle para el nuevo destino convirtiéndolo en cierto modo y ganándole para sí. Para ello se sirvió de su hermana. Esta santa joven vivía en su propia casa una vida ejemplarísima y penitente, apartada del mundo por completo, como virgen consagrada a Dios, entregada a las buenas obras.

Los ejemplos de sus virtudes fueron para el soñador Basilio un evangelio viviente que le hizo salir, como él mismo nos dice, de un profundo sueño y reconocer la vanidad de la humana sabiduría.

Era la fuerte crisis de espíritu con que Dios le llamaba a Sí.

Recibió el bautismo y se resolvió viajar para conocer mejor el destino a que Dios le llamaba.

Ya no le atraían los centros del saber humano, ni Atenas, ni Roma, ni Alejandría...

Había oído hablar con entusiasmo del mundo espiritual y evangélico de los monjes y quiso verlo por sí mismo.

Durante dos años viajó por el Oriente, parándose detenidamente en los desiertos monacales: estuvo en Egipto, en Mesopotamia, en Siria y, por último, en Palestina, en donde además veneró los lugares sagrados en que se desenvolvió la vida del Salvador.

Fruto de sus viajes fué la vocación decidida de dedicarse a Dios con toda el alma, apartándose definitivamente del mundo.

El mismo escogió el sitio de su retiro: Un hermoso y risueño valle en la provincia del Ponto, junto al río Isis: allá se encaminó saliendo de su casa y de su patria, para vacar a Dios. No iba solo, sin embargo; con él marcharon también otros ascetas, entre los que se encontraban su hermano Gregorio de Nisa y su amigo también Gregorio, de Nacianzo.

Con ellos empezó a vivir en comunidad caritativa, entregado a Dios, a la penitencia y a los goces del espíritu.

Cuando más tarde, en medio del ajetreo y de las persecu-

ciones de que fué objeto siendo Obispo, se acordaba de estos años, los llamaba con nostalgia, los más dichosos de su vida.

Pronto se vió la ejemplar tríada del Isis acrecentada y convertida en floreciente familia religiosa. Nuevos ascetas acudieron, deseosos de compartir sus ejercicios. Ya no fué suficiente un solo monasterio y fueron erigidos otros varios.

La vida en todos era la propia del Cenobio: Alabar a Dios, rezar, hacer penitencia, trabajar...; pero se notaba en ellos algo nuevo y desconocido hasta entonces en los desiertos de penitentes.

Es que Basilio, quien ya desde el principio había sido reconocido como fundador y Padre de todos, había observado con grande perspicacia y talento en sus viajes por los Cenobios existentes en Egipto, Palestina y demás países orientales, lo bueno y lo malo, los aciertos y equivocaciones que como en toda obra humana, podía haber en ellos, y quitando sabiamente lo defectuoso había implantado lo mejor.

Con ello, sin pretenderlo él, pero muy preparado por la Providencia, se había constituido en reformador del Cenobio y creador de la última y más perfecta forma del monacato de oriente.

La nueva Regla monástica

La regla de San Basilio se basa esencialmente en la obediencia y en la vida común.

La obediencia debe ser absoluta.

La comunidad es un cuerpo cuya cabeza es el Superior y los súbditos los miembros. Aquel es el regulador y moderador de todas las actividades y aun iniciativas del monje, sin que a éste le sea posible desviarse en las austeridades y penitencias. La obediencia viene a ser de este modo, no precisamente la única virtud del cenobita, pero sí la primordial, la que garantiza las otras.

El religioso debe renunciar totalmente a su propia voluntad y ejecutar con toda exacción y puntualmente toda orden de arriba que no esté en abierta y manifiesta pugna con la divina.

La vida común debe ser también omnímoda. Todos habían de vivir bajo un mismo techo; comer, orar y trabajar juntos. A todos se trataba por igual, lo mismo a los súbditos que a los superiores, sin excepciones y privilegios, si no era a los enfermos con los que se debía tener cuidados especiales.

El trato, austero, pero sin horrores, humano y viable en todo y para todos. Ni comodidades muelles que enerven el espíritu ni ayunos y vigiliat tantas que hagan inasequible la vida de perfección.

Una tercera nota debe también subrayarse: la distinta apreciación del valor y alcance de las penitencias. En la espiritualidad basiliana se da más importancia a la oración y al trabajo que a los ayunos y austeridades.

La oración se hacía seis veces durante el día y a media noche, en que debían reunirse también los hermanos para cantar y alabar a Dios en común.

El trabajo era apreciadísimo y revestía dos formas: la manual, en la agricultura, arquitectura, carpintería y otras artes mecánicas, y la espiritual, consistente en la meditación y estudio de la Biblia y en la copia de códices y manuscritos antiguos. El emolumento del trabajo era íntegro para el Monasterio, y en modo alguno de libre disposición del individuo, defendiendo así la pobreza, consejo evangélico tan principal y fuerte muro de la vida religiosa.

En resumen:

Como habrá visto el lector, en el Cenobio creado por San Basilio, afloran todos los elementos esenciales y característicos que practican cuantos siguen el estado de perfección en las órdenes y congregaciones religiosas aun modernas: Vida común, como de verdadera espiritual familia, apartamiento del mundo y consagración a Dios, tendencia decidida a la perfección con la fiel observancia de los consejos evangélicos, la pobreza, la castidad y la obediencia.

De hecho el régimen basiliano se impuso pronto en el oriente y perdura todavía en los monasterios greco-eslavos. En el Occidente fué el precursor de San Benito.

Obispo de Cesarea

De lo restante de la vida de San Basilio bástenos algunas breves indicaciones.

Muy a pesar suyo se vió obligado a salir de su retiro del Isis para entrar en el ajetreo y solicitudes pastorales del gobierno de la Iglesia. Fué consagrado Obispo de Cesarea y no hay que decir que puso al servicio del nuevo cargo todo el valer y virtudes que le adornaban.

Dos notas le distinguieron especialmente: la energía con

que resistió a los herejes y el amor y defensa de los pobres contra los ricos.

Índice de esto último fué su predicación y el Hospital que levantó para el socorro de los necesitados. En él no se desdeñaba el celoso Pastor de cuidar y servir personalmente a los enfermos.

En un año de hambre que afligió a Cesarea se le vió asimismo repartiendo el alimento a los pobres que llenaban la plaza pública.

Contra los ricos que se dejaban cegar por la ambición tuvo palabras elocuentes y tremendas. No iba contra los particulares, sino contra el vicio. «¡Oh tú!, dijo un día en un sermón, ¡oh tú a quien arrastra la avaricia! ¿No te sientes ladrón? Lo que sólo a título de administración recibiste de Dios, lo haces propiedad tuya. No lo olvides; el pan que tú no comes pertenece al que tiene hambre; el vestido que tú no usas pertenece al que va desnudo; el calzado que no empleas es propiedad del descalzo; el dinero que tú malgastas es oro del indigente; eres un ladrón de todos aquellos a quienes podrías ayudar.»

No menos energía desplegó en combatir a los herejes. Después de San Atanasio, fué el más acerbo debelador del Arrianismo y por su causa hizo rostro hasta al Emperador Valente.

Un día le amenazó éste por medio de un delegado suyo con la confiscación de sus bienes, el destierro y aun la muerte. Basilio no se intimidó por nada. «¿La confiscación?, le dijo. Puedes ponerla en práctica inmediatamente, si es que te interesan unas pocas ropas usadas y algunos libros que constituyen todas mis riquezas... ¿El destierro? ¿Cómo podrá arredrarme? El cristiano se considera peregrino en todas partes y sabe que toda la tierra es de Dios... ¿Los tormentos? Pasarán antes de ensañarse con mi cuerpo, según lo débil que está, y la muerte no hará otra cosa que apresurar mi marcha hacia Dios por quien suspiro.»

El delegado exclamó estupefacto ante estas palabras: «Nadie hasta ahora me ha hablado así». «Será, continuó el Santo, porque nunca te has encontrado con un Obispo.»

VII

JUICIO SOBRE EL MONACATO DE ORIENTE

Es conforme al evangelio y muestra la vitalidad y santidad del Cristianismo. — Ejemplo sublime contra la molicie y ambición del mundo. — Impresión en los contemporáneos. — Conclusión.

¿Qué juicio debe formarse del monacato de Oriente?

No han faltado quienes hayan querido denigrar su memoria culpándole de extravagante, de inhumano y aun atentatorio contra la naturaleza; de verdadera locura.

Otro es muy distinto, sin embargo, el criterio imparcial, inteligente y comprensivo de los hechos.

Resumamos en tres afirmaciones su apología:

El Monacato es perfectamente evangélico; la demostración más patente de la santidad y vitalidad del Cristianismo y un gran ejemplo para el mundo.

Es, ante todo, *evangélico*.

Podemos extender el calificativo no sólo al de oriente, sino al de occidente y en general, a la vida religiosa.

¿Será necesario probarlo?

El llamamiento a la perfección, al renunciamiento de la propia libertad y de cuanto se posee por el amor de Dios y la virtud, lo hizo el mismo Cristo al joven del evangelio, como ya vimos, y por medio de él, a todos los que desean servirle y participar plenamente de su espíritu. «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo y ven y sígueme.»

La penitencia y apartamiento del mundo y del trato de los hombres para darse del todo a Dios y al espíritu, lo vemos preconizado, asimismo, en la Escritura. Recuérdense los ejemplos de Moisés en la soledad del Sinaí, de Elías en el Carmelo, de Juan Bautista y del mismo Jesucristo en el desierto.